

LOS CLAUSTROS

DE SAN BARTOLOMÉ.

Como al caer el sol al occidente,
Se acoje el ave en dulce oscuridad
De la cabaña en el alar saliente,
Tal, escondida silenciosamente,
Aquí pasaba mi primera edad.

Oh dulce edad! oh tiempo regalado
De candor, de virtud, de paz, de fé!
Todo lo cambia tempestoso el hado;
La familia feliz se ha dispersado....
¡Oh dulce edad que nunca olvidaré!

Hoy, calmados los recios temporales,
Vuelvo cual peregrino a esta mansion;
Campo parece de urnas sepulcrales;
Tiembla mi pié tocando a sus umbrales,
I hondo pesar me oprime el corazón.

Que entonces resonaban acordadas
I la voz paternal i la infantil;
I ora oigo solo el són de mis pisadas,
I las paredes miro desgarradas,
I el suelo verdear con musgo vil.

El arco venerando, la columna
Adornábase alegre por do quier;
I ora la luz del sol cae importuna,
I el rayo frío de enlutada luna
La ruina parece apeteecer.

Allí se alzaba (miseros despojos!)
Ornado en rosas el sagrado altar;
Allí mil veces me arrojé de hinojos
Al pavimento, llanto de mis ojos,
Llanto dulce, suave, a derramar.

I ora los altos cuadros se han caído;
I do el canto sagrado resonó,
Horror encuentro, soledad, olvido;
Pardo la araña ha echado su tejido
Donde el Rei de los cielos habitó!

Mas oh! no el hado su furor termina
Con el asolamiento militar?

No! donde hablaba la virtud divina
Viene la iniquidad, sobre la ruina
Su pestilente cátedra a asentar!

Mis maestros i amigos entretanto
El mar hendieron en bajel veloz,
Otros descansan so el funereo manto;
Yo solo he vuelto el atrio sacrosanto
A hacer sonar con mi cansada voz!

Bogotá, 1863.

MIGUEL ANTONIO CARO.